

Vol. 1, N.º 50 (abril-junio 2016)

¿Qué es un macho? Más preguntas que certezas en el abordaje del género

Juan Bautista Branz

Instituto de Altos Estudios Sociales; Universidad de San
Martín/ Facultad de Periodismo y Comunicación Social;
Universidad Nacional de La Plata/ Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

José Antonio Garriga Zucal

Instituto de Altos Estudios Sociales; Universidad de San
Martín/ Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas (Argentina)

Resumen

Luego de exhaustivas indagaciones en mundos relacionales diferentes y distantes nos proponemos responder algunos interrogantes sobre los modos en que se presenta la masculinidad en nuestras respectivas investigaciones. El objetivo es reflexionar sobre las operaciones de los actores en dos universos: el rugby y la policía. Primero, nos preguntaremos sobre la representación de género en ambos espacios analizando la solidificación de imágenes y sus fisuras. Luego, intentaremos responder sobre las operaciones de los actores en estas configuraciones. Nos planteamos, entonces, vislumbrar las lógicas de acción de los actores que se incluyen en estos universos de relaciones sociales. En este recorrido se vuelven inevitables reflexiones metodológicas que ayuden a la interpretación de las acciones de nuestros informantes. Reflexiones que colaboran para terminar nuestro recorrido en las preguntas sobre cómo morigerar las representaciones excluyentes y estimular la conformación de espacios inclusivos o diversos.

Palabras clave: género; representaciones; reflexividad.

Artículo recibido: 20/04/16; **evaluado:** entre 20/04/16 y 20/05/16; **aceptado:** 16/06/16.

Donde buscamos analizamos “machos”

Branz: el mundo del rugby, en la Argentina, es un espacio vinculado con los sectores dominantes: los colectivos mejor acomodados en la distribución de capital económico, cultural, social y simbólico. Este deporte, desde la década de 1910, es modelado y organizado por una matriz que podríamos nombrar como “europea” -y europeizante- tomando en cuenta, claro, la bases fundacionales de nuestra nación, asociadas al grupo de intelectuales de la denominada generación del 80 (del siglo XIX): “civilización y razón” como camino hacia el progreso de los pueblos, con una fuerte impronta étnica moral para la formación de ciudadanos blancos, urbanos, deseables, honrados y distinguidos. El resto de la población debía ser domesticada a través de los aparatos ideológicos y coercitivos del incipiente Estado argentino. La distinción asociada a la práctica del rugby radica, justamente, en la imitación de costumbres y modales directamente apropiados de las clases altas francesas y británicas. En poco más de cien años el rugby ha cristalizado no sólo un espacio de privilegio y un círculo distintivo de sociabilidad para diferentes agentes que ocupan lugares de decisión (tanto en la órbita estatal, como en la privada), sino también una imagen y una representación del “ser macho”. Fuerza, coraje, valentía, honradez y caballerosidad conjugan un elixir complementario con la idea de animalidad (representada y narrada por los propios actores del campo a la hora de indicar cómo debe jugar un hombre al rugby). Esa es la ecuación de un “verdadero hombre”. Soñado y normativizado desde 1880 como la representación legítima de un ciudadano ideal, deseable en el marco de un modelo de producción capitalista. Entre el género y la clase social como clivajes analíticos podemos argumentar que en el rugby se reproduce una idea de masculinidad dominante (atravesada y compartida en y por diversos campos) y que a su vez es nutrida y reforzada desde el Estado como agente ordenador de prácticas sociales, culturales, jurídicas y morales. La paraestatalidad del rugby como espacio de distinción en la Argentina colabora con una imagen del “ser hombre” producida históricamente por el Estado (en sus diferentes formas).

Garriga: desde 2009 realizo una aproximación etnográfica entre miembros de la policía de la provincia de Buenos Aires que tiene como objeto estudiar sus interpretaciones sobre la violencia. En la república Argentina cada una de sus provincias tiene su policía y la de la provincia de Buenos Aires es la más numerosa de todas estas fuerzas de seguridad, contando

en la actualidad con más de 60 000 agentes. Los uniformados están divididos entre oficiales - que tienen el poder de mando- y suboficiales; estos últimos son la porción más numerosa de la policía. Sin datos oficiales intuimos que más del 35 % del personal policial es femenino. Buscamos responder algunos interrogantes sobre cómo se hacen los “machos” desde el Estado.

¿Qué es lo masculino y lo femenino?

Badinter: la identidad masculina, en sociedades contemporáneas, se vincula con la idea de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (si es necesario, por la fuerza). Mientras que la identidad femenina ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída (1994).

Burin y Meler: todo esto si pensamos la categoría “género” como una operación que tiene una lógica binaria que separa sólo lo femenino de lo masculino y, más aún, dentro de un mismo género, posiciones dominantes y subalternas, reproduciendo relaciones desiguales de poder (2009).

Butler: El género es un pacto performativo; teatralización situacional, donde se establecen y reproducen diferentes maneras de actuar construyendo, en el mismo instante performativo, un discurso de legitimación (y no necesariamente que el discurso preceda al acto. O, por lo menos, no en todos los casos) (2002).

Branz: este es uno de nuestros objetivos: analizar repertorios de legitimación que superen las visiones que restringen el análisis sólo desde una perspectiva androcentrista y pensar en un universo más amplio que las oposiciones, por ejemplo, entre lo innato o lo adquirido, o el género o la diferencia sexual.

Butler: El género “es un estilo corporal, un acto...que es al mismo tiempo intencional y performativo (donde performativo indica una construcción contingente y dramática del significado)” (Butler, 2007: 271).

Garriga: Para pensar qué es un “macho” pusimos atención en la noción de construcción. Nos interesa reflexionar sobre esta construcción performativa y los espacios relacionales en los que se encorsetan.

¿Cómo son representados los espacios-relaciones en donde realizamos nuestra investigación?

Branz: en el rugby surge un imaginario “masculino” vinculado a la fuerza y el vigor. Expresión de virilidad, marca de hombría, diferenciación radical de otros cuerpos.

Garriga: también entre los policías aparecen nociones de masculinidad asociadas a la profesión. Imaginarios que sostienen que para ser un buen policía hay que tener fuerza, valentía y coraje.

Branz: fuerza, vigor y potencia son nociones revestidas en una moralidad vinculada a la templanza y la racionalidad. Valores necesariamente puestos en acto por los hombres que juegan al rugby. Estipulan un campo de acción.

Garriga: entre los policías sucede algo similar, extrañamente muy similar, pero con un dato sugerente: entre los policías hay muchas mujeres. Existe un ideal policial, un modelo de “verdadero policía”, particularizado por el coraje, la bravura y la ausencia del temor en la “lucha contra el delito”. Para este imaginario el cuerpo tiene un rol protagónico, ya que la fuerza física emerge como una de las características necesarias y distintivas del hacer policial. Esta representación configura un “deber ser” con el que los y las agentes dialogan en su cotidianeidad. Existe en el mundo policial una pluralidad de formas distintas y distintivas de ser policía. Sin embargo estas formas múltiples se encuentran con un mandato que estipula cómo deben ser los y las policías.

Branz: y entre los rugbiers hay diferentes tipos de masculinidad. Sucede que los espacios de relaciones ajustan las nociones, legitiman modelos. El proceso socio histórico del rugby indicaría que los agentes participantes del rugby tienen mayores posibilidades para administrar culturalmente las diferencias en cuanto a la producción y reproducción de un estilo masculino, asociado a la construcción de una hexis corporal (1) y a su correspondiente representación mediante estrategias discursivas.

Míguez: analiza las condiciones sociales en las que se constituye la experiencia del cuerpo (2), donde se aprende a anular sensaciones adversas o a llevarlas a cuestras, lo que forjaría una supuesta predisposición a soportar dolor y sufrimiento. Clave para pensar en masculinidades dominantes, asociadas todo el tiempo a las nociones de dolor y dureza (2002).

Branz: En el rugby hay producción de “cuerpos duros”. Se construye un “cuerpo duro” como soporte de la experiencia deportiva y grupal. Y en el rugby ese “cuerpo duro” se compatibiliza con la exhibición de un cuerpo racional y una sensibilidad extendida, más allá del dolor y las condiciones de agresividad del juego. Dicen los interlocutores: “no sólo tenés que ser un animalito y llevarte por delante lo que sea sino ser inteligente y pensar”. Dureza y sensibilidad. Allí hay un punto donde se cancela el miedo y donde el umbral de tolerancia al dolor crece. Hay un valor sustancial otorgado a la fuerza física entre los interlocutores.

Garriga: La ligazón entre policía y masculinidad traza una característica distintiva del hacer policial. El trabajo policial es, para ellos, el riesgoso combate contra la delincuencia. Los peligros cotidianos de la lucha contra la delincuencia pueden ser afrontados por quienes poseen y muestran virilidad y fuerza, elementos que se encarnan “naturalmente” conectados, que incluyen en la asociación a lo femenino como débil y frágil.

Branz: la idea de fuerza y vigor “natural” requiere de cierto discurso legitimador que se corresponda más con una esencia o un legado mágico que con una construcción social y cultural del cuerpo. Social porque es parte de la concepción grupal sobre el cuerpo que un grupo determinado de nuestras sociedades comparte y cultural porque materializa en el cuerpo una simbología, imágenes y representaciones que trazarán un puente directo con una estética y una ética dominante.

Tonkonoff: El recurso de la fuerza física posee un valor de primer orden. No porque encarne la distopía de la violencia marginal soñada desde el centro, sino simplemente porque es un modo tradicional de autodefinición entre y al interior de los grupos de varones adolescentes (pobres y no pobres) es el que tiene lugar a través de golpes de puño en la esquina y la manifestación de vigor en la cancha” (Tonkonoff, 2007:8).

Garriga: Esta frase de Tonkonoff nos permite dar cuenta cómo nociones de masculinidad son comunes a diferentes mundos relacionales. Uno de los errores más comunes es suponer que la masculinidad asociada a la fuerza y la virilidad sólo aparece en mundos relacionales aislados, como los del rugby y la policía.

¿Qué hacen los actores con estas representaciones?

Branz: fuerza y belleza son un par necesario en la idea de cuerpo de los interlocutores en rugby. El andar erguido, de paso firme, de flexiones de rodillas simétricas al compás en el caminar, el apoyo del pie desde el talón hasta los dedos (completo) sin ningún signo de arrastre (3) en cada paso, son signos incorporados.

Garriga: Entre los policías aparece como una exigencia poner en escena estas cuestiones masculinas. Es necesaria, entonces, la teatralización de la masculinidad; construye un ideal de policía, un “verdadero policía” particularizado por el coraje, la bravura y la ausencia del temor. Gestos, modismos, usos del cuerpo que remiten a la fuerza, a la valentía, ensamblan al policía ideal. Este ideal del arriesgado trabajo en la búsqueda de peligrosos malvivientes y del uso de la fuerza es escenificado hasta por aquellos que no encajan en ese molde.

Branz: Podría decirse que el andar y la estética del andar es otra marca distintiva: de un braceo armonioso sincronizado con el movimiento de las piernas, exhibiendo un volumen importante de masa muscular (que se observa en las curvaturas que sobresalen, justamente en los trapecios –cuando alguna prenda permite descubrirlos- o a través de una vestimenta de talle estrecho, por ejemplo en las ondulaciones de los pectorales o de los brazos).

La Cecla: La masculinidad, al igual que la feminidad, es un ‘saber ver’, un percibir una parte del mundo que a la otra se le escapa (...) Se observan con una mirada de deseo, y que, en cuanto deseo, es una forma de conocimiento especial, no ‘intercambiable’ (2004:7). Este saber ver, saber ser visto, junto al ‘saber estar’ (La Cecla, 1999), es parte de la condición masculina o femenina de estar en el mundo. Es una forma cultural heredada, estratificada a lo largo de los siglos y diferente de un sitio a otro, y además es una ‘estética’. Ser hombres o ser mujeres significa tener aptitudes en un campo que es una ética/estética, una cosmética de nuestro propio cuerpo, aunque también una ascética y una cosmética de nuestra propia mirada (La Cecla, 1999:8).

Garriga: Estos modos de “saber ver” son situacionales y contruidos en interacciones que superan los mundos relacionales que estudiamos. Esto no puede ser entendido como un dato menor. Hay que romper con insularización de los espacios relacionales. La seguridad y la protección están vinculadas al potencial uso de la fuerza. Una policía nos contaba la decepción de un vecino que vio bajar dos mujeres de un patrullero. Recordaba que el vecino indignado decía: “necesito a la policía no a dos chicas”. Observamos que el vínculo entre fuerza y masculinidad está difundido en diversos ordenes interaccionales.

¿Cómo se reproducen?

Branz: Lo masculino se materializa en prácticas corporales pero también en un lenguaje (distinto y distintivo hacia afuera del grupo de hombres pero también en relación con la clase social) que necesariamente construye una otredad no masculina: otros hombres y, por supuesto, todas las mujeres. Pero además existe un juego que expresa la masculinidad como una especie de “autenticidad” mediante las posturas.

Garriga: Entre los policías se construye una división que instituye imaginariamente que las tareas administrativas están vinculadas a cuerpos poco resistentes y que el trabajo “de calle” es señal de cuerpos resistentes. Esta representación es puesta en duda, cuestionada por los que la sufren como forma de impugnación de sus tareas que, catalogadas como administrativas, parecen menos policiales pero también por los mismos que las esgrimen, al dar cuenta de

recuerdos –historias valerosas de los administrativos- que ponen en duda sus propias afirmaciones. Sin embargo a pesar de las impugnaciones son representaciones que se reproducen.

Las tareas administrativas requieren, según nuestros informantes, saberes técnicos y conocimientos burocráticos, es decir un trabajo de tipo intelectual plasmado en labores rutinarias, apacibles y sosegadas. Un suboficial cuya cotidianeidad laboral era la opuesta repetía que el trabajo administrativo era “tranquilo”. Sus palabras no eran despectivas para con sus compañeros pero desnudaban que en la división de tareas “el verdadero trabajo policial” era el que hacían ellos: los que estaban en “la calle”. Trabajar en un patrullero o caminando, hacer un allanamiento o identificar a un sospechoso son tareas que, a sus ojos, demandan saberes capaces de afrontar la peligrosidad cotidiana. Sosiego y riesgo, dos caras del hacer policial. Dos caras que no pueden ser encarnadas en un mismo agente, haciendo necesario dos tipos de sujetos sociales diferentes para tareas diferentes: intelectuales o corporales. Lo intelectual asociado a lo administrativo y lo físico a “la calle” organizan una frontera sustentada en la diferencia entre roles pasivos y activos; roles que reconstruyen distinciones de género.

Branz: es el juego del cuerpo entrelazado con las palabras que se libra en pos de oponerse o cooperar con otro. Tomar la palabra con exaltación en un grupo donde socializan hombres (como tantas veces me ha tocado compartir en el gimnasio de Nacho, en los entrenamientos o en sus cumpleaños), irrumpiendo un orden más o menos moderado de “pase de la palabra”, exhibe la manera legítima de probar y hacer ver a los otros que quien interrumpe supo saber qué es “ser macho de verdad”. Las remeras estrechas que marcan la masa muscular y las curvas de esos músculos exteriorizan una potencia que arrasa con la posesión del lugar y que tiene que ver con el ejercicio postural. En reiteradas ocasiones he dialogado con diferentes *forwards* (de los tres clubes) y su posición, mirándome desde arriba y a pocos centímetros de mi cuerpo, se disponía con los brazos cruzados y trabados durante toda la charla. Sólo cambiaban de postura, a la misma distancia, pero con los brazos apoyados sobre sus espaldas (enlazando una mano con la muñeca de la otra) y destacando los pectorales aún más que en la postura anterior (que por razones obvias –los brazos sobre el pecho- no permitía exaltar el volumen del pecho). También ambos brazos en la cintura, en forma de “jarra”, permitían a los jugadores mostrar la dureza de sus pectorales en charlas grupales. O apoyados, con un brazo en una pared, marcaban la tonicidad del músculo bíceps.

Garriga: Una representación traza el vínculo entre el trabajo policial y la hombría replicando representaciones que asocian lo masculino a lo dominante y lo femenino a lo dominado. Además, la policía se autoconcibe como una institución masculina y por lo tanto dominante en su relación con la sociedad civil idealizada como femenina. El lenguaje de género representa al

policía como hombre y a la sociedad como femenina. Esta representación supone una expropiación simbólica de la fuerza edificándola como virtud masculina y estructurada como distinción jerárquica. Los policías, tanto hombres como mujeres, en sus interacciones deben exponer fortaleza como señal distintiva del “verdadero policía”. Exposición que impone diferencias según el género de quién expone.

Branz: Sabrina es la encargada de enseñarles a los niños (en uno de los tres clubes contruidos como unidades de observación en la ciudad de La Plata) de cuatro a diez años a caerse, a tomar la pelota, a chocar con un rival, a *tacklear*, a evitar duros golpes. Lo hace a través de juegos de persecución para que aprendan, lúdicamente, a correr con la pelota esquivando o impactando con los otros niños. Es importante pensar cómo se fomenta y se recrea la tradición de jugar y aprender corporalmente. Pero me dice Sabrina que ella le da un plus a esa formación: ella les pide el boletín porque “tienen que ser buenos alumnos. Un buen jugador de rugby es un buen alumno”, dice con tono estricto. Y también hace hincapié en que los niños sepan atarse los cordones y usen protector bucal: “Imaginate que a esa edad están cambiando los dientes, entonces a esa edad no les va a pasar nada. Pero para cuando sean más grandes, yo les enseño a cuidarse la boca, que tengan una linda sonrisa”. Más allá de los cordones, que significa un gesto que comienza a ser parte de la autonomía del mundo adulto (no depender de otro), también forma parte de los resguardos que Sabrina advierte que hay que tomar para evitar lesiones en los niños. Pero también es una corrección estética moral. Andar con los cordones desatados es signo de descuido y no de perfección en tanto simetría estética. Por lo tanto, reconoce Sabrina que “nosotros le enseñamos al nene a que sea prolijo y educado”. Sabrina enseña rugby, modela el cuerpo de niños y les explica qué es el dolor y cómo tolerarlo. Pero lo hace delante de las miradas y las palabras de otros hombres adultos. Es decir, Sabrina está aprendiendo también a “ser macho”. Es interpelada por un conjunto de prácticas, lenguajes, imaginarios y representaciones que son expuestas y evaluadas por hombres. Una mujer modelando un cuerpo de hombre.

La Cecla: ¿Y está mal si digo que crecer como machito significa aprender en sí, por medios de signos externos e internos, qué es el desarrollo de una cosa que toma cuerpo, que toma forma, que ante los ojos de otros hombres o de otras mujeres se transforma en un cuerpo masculino, un cuerpo hecho por mí y por las miradas, las voces y las alusiones de los demás? (La Cecla, 2004:12).

Garriga: La teatralización de la masculinidad es entre los policías un mensaje de unidad hacia adentro y de diferenciación hacia afuera. Hacerse “los machos” emerge como requisito para ser parte de un mundo de pares (iguales aunque jerarquizados) diferenciados de los ciudadanos.

Aquellos que no entran en el molde aceptan sus formas como parte de una estrategia de diferenciación.

¿Qué fisuras hay para con estas representaciones?

Garriga: Raquel, una teniente encargada de los trámites judiciales en la comisaría, recordaba que “a veces la gente llamaba a la comisaría para pedir otro patrullero de refuerzo porque me veían a mí. Y esos eran los comentarios en la comisaría cuando llegaba”. Raquel es delgada, de modales delicados, coqueta, correctamente maquillada y de hablar pausado; ahora está a cargo de tareas administrativas pero recuerda con afecto las rondas en los patrulleros y las tareas en la “calle”. Menciona que prefería patrullar con compañeras mujeres, ya que con los hombres se aburría y poco tenía para hablar. Y aclara que no se sentía más protegida con compañeros hombres, que la seguridad no tenía nada que ver con el sexo sino con la experiencia y la actitud. En la misma sintonía, Vanesa recordaba que cuando empezó a patrullar notaba que los mismos vecinos pedían patrullas comandadas por varones y que cuando llegaba a la comisaría sus compañeros se lo hacían saber para deslegitimar su presencia en las calles. Vanesa es una oficial, subinspector, robusta, cuya apariencia, formas corporales y modales serían definidos como masculinos por varios de sus compañeros. Ella recuerda con tristeza sus esfuerzos para ser reconocida como una más entre sus pares, lugar que dice haber ganado a fuerza de “salir” a la calle; ella sostiene que tuvo que disputar su lugar como “policía” discutiendo con aquellos que le ordenaban hacer tareas administrativas. Recordaba: “siempre trataban de no asignarme tareas de hombres, o sea... yo dije: yo soy policía y soy policía en todos lados y en todas las cosas, hago todo yo. Eso fue mío una cosa para superarme yo”. En el trabajo en la “calle”, verdadera tarea del hacer policial, aparecen vedadas las mujeres. Veda impuesta no sólo por sus compañeros hombres sino también por las representaciones de género que fluyen más allá de los límites de la institución policial. Las imágenes y palabras que presentan Raquel y Vanesa nos permiten observar cómo se construye y reconstruye la representación del “verdadero policía” pero también cómo este modelo se manipula, se usa.

Branz: Sabrina me cuenta que ha “aguantado cualquier cosa” que le digan, “como que las mujeres no sirven para el rugby, que no sé para qué juegan, que es un deporte de hombre, no sé, millones de cosas”. E incluso me comenta como una humorada que con el correr del tiempo en vez de decirle por su nombre, sus compañeros le pusieron “Mario” y ella me dice, “yo me cago de risa y hasta a veces es mejor. Hablan tranquilos, como si yo fuera uno más. Soy Mario

de acá, Mario de allá, Mario traeme un Fernet”. Sabrina sabe que atravesará su experiencia en una institución, como dice Sirimarco (2004) (4), sobre-masculinizante como el rugby, encuadrándose en las representaciones que los agentes dominantes de ese espacio construyen sobre ella, más allá de su anatomía, del género (como registro de una forma de actuar) y de que alguna marca y posesión de virilidad debe poseer. El cambio de nombre, de uno de mujer a uno de hombre, testimonia la eficacia en donde las relaciones entre género y poder tienen que ver con relaciones relativas. En este caso es cómo se la nominaliza y se la masculiniza al llamarla “Mario”. Para Sabrina implica una pérdida nominal, además de atributos asociados a lo que ella imagine sobre qué implica ser y sentirse mujer. Pero sabe que está en un mundo de y entre hombres y que los valores de la institución la atraviesan de manera potente y eficaz, siendo ella una fiel portavoz y ejemplar institutriz de la verdadera hombría.

Garriga: Raquel sostiene que realiza estas tareas mejor que algunos hombres y pone en duda a la fuerza física como característica distintiva del hacer policial, manifiesta que es más importante la experiencia y la actitud que la fortaleza. Vanesa, por el contrario, vincula la fuerza a las tareas policiales pero no las limita al mundo masculino. Ambas acuerdan que el “verdadero policía” no tiene porque ser un hombre, difieren en el papel central de la fortaleza física para cumplir con las labores policiales. Dos feminidades diferentes se ajustan, con estrategias de aceptación y de impugnación, al modelo masculino policial. Además, este ideal del “verdadero policía” opaca otras formas laborales cotidianas que se relacionan conflictivamente con la vinculación directa entre masculinidad, fortaleza física y policía. Pero como esta relación tiene una legitimidad relevante dentro de la institución, son muchas las policías que reinstauran la relación modificando uno de los términos y mostrando que el “verdadero policía” se caracteriza por una fortaleza que puede también ser femenina. Carmen, una oficial inspector con poca experiencia de trabajo en “la calle” pero con muchos años de experiencia en la cotidianeidad laboral de una comisaría, resignificaba la relación entre los “verdaderos policías” y fortaleza. Para ella ser policía era un trabajo que demandaba una inconmensurable resistencia psicológica al enfrentarse diariamente con las miserias de la sociedad. Emocionada, contaba el caso de una violación a una menor y el accionar policial, la fortaleza reside para ella en resistir las crisis emocionales de esos eventos y continuar en la institución. Repetía que se necesitaban “muchos huevos” para ser policía y que muchos abandonaban la fuerza por carencia de esa fortaleza de espíritu. La aparición, nuevamente, de “los huevos” como elementos distintivos del “verdadero policía”, vinculados ahora a la fortaleza emocional más que a la física, distante a la masculinidad, exhiben una de las tantas operaciones para ajustarse al modelo ideal desde una multiplicidad de configuraciones de género

¿Podemos pensar cómo y cuántos de los datos contruidos en la investigación son el resultado de las posiciones sociales de los investigadores?

Branz: Acceder al mundo del rugby suponía despojarme de una moralidad condenatoria hacia los sujetos que iba a analizar. El grado de extrañamiento y familiaridad –constante- practicado supone, en algún punto, que algo de mi trayectoria social (como investigador, como hijo, como ex deportista, como docente y demás filiaciones) se ha colado y se ha cristalizado como un saber “externo” sobre un grupo particular de hombres. Mi performatividad masculina organizó también el registro de ordenamiento de la información y posterior construcción de datos (empapados, mezclados, confundidos por teoría científica y teoría social) pero fundamentalmente estructuró la escritura de esos datos: esencial en el posicionamiento que variaba entre lo que creemos “extraño” a nuestra cotidianeidad (que, al fin de cuentas, en estudios urbanos es más cercano de lo que suponemos). ¿Cuánto de nuestra masculinidad, nuestra moralidad, queremos mostrar en nuestros trabajos?

Garriga: Sucede que muchas veces deseamos ocultar nuestra masculinidad para profundizar el distanciamiento para con nuestros informantes. Distanciamiento más analítico que empírico. Las similitudes ocultas en la construcción del dato y en la escritura son insumo para la reflexión sobre nuestras masculinidades. Cuánto nos parecemos a lo que concebimos tan distante. Por otro lado, nos preguntamos qué hubiesen dicho nuestros informantes si los investigadores hubiesen sido mujeres.

¿Qué gestiones se podrían tomar para modificar estos espacios excluyentes?

Garriga: Es necesario modificar las nociones de masculinidad asociadas a la profesión policial. Decíamos que hay el modelo en del “macho” disciplina pero que también es impugnado. Algunos usos que hacen por ejemplo las policías pueden ser entendidos como tácticas de resistencia, espacios de fuga que no buscan cambiar la lógica de esa representación pero que la adecuan a su lugar en el campo. No desean cambiar esta estructura simbólica para no desdibujar aquello que distingue a la policía de la sociedad pero se aprovechan de las sombras del modelo para posicionarse en la diversidad. Mientras así sea este ideal de policía define lo que está bien y lo que está mal, constituyéndose como una –de varias- medida de valor del accionar policial. Es necesario, entonces, si queremos prevenir algunos abusos policiales

derruir los valores del “verdadero policía” que habilitan la emergencia de legitimidades violentas. Se debería, con este objeto, desactivar institucionalmente las nociones de sacrificio y contribuir a la formación de profesionales de la seguridad.

Branz: Debemos pensar qué tipos de masculinidades reforzamos en tanto comunidad académica aunque también en otros espacios sociales. Si somos cómplices de esa masculinidad hegemónica, emparentada con la lógica heteronormativa, que no permite “los desvíos” posibles para pensar en otros tipos de masculinidades no sólo en el campo deportivo sino por fuera de él. Que tenga que ver cada vez menos con la demostración y la exhibición de una violencia material y simbólica para definir las identidades de género y que tenga que ver, más aún, con la educación sentimental de los hombres y la dimensión amorosa de las prácticas ¿Podemos y queremos, nosotros los hombres, definirnos por fuera de la lógica de la violencia y la subalternización del “otro” que no responde a una heteronormatividad esperada, sostenida y garantizada socialmente?

Notas

- (1) Asociada por Bourdieu, entre otros, al cuerpo externo.
- (2) Míguez analiza los programas de rehabilitación de delincuentes juveniles y sus experiencias, tanto los de la órbita estatal, como los confesionales de raíz pentecostal.
- (3) Sobre esta observación, he compartido con Nacho (interlocutor clave) mi inquietud de por qué sus compañeros y demás jugadores de rugby caminaban así, sobre todo teniendo lesiones en tobillos y rodillas. Nacho me decía que “hi idea. Yo, lo que te puedo decir, desde mi profesión (es profesor de Educación Física), es que el cuerpo se educa. Y ante la mínima lesión, sobre todo los que juegan en La Plata Rugby (club de rugby de la ciudad de La Plata) tienen cuatro kinesiólogos, tres médicos, tres profes encima”. Su respuesta me indica por un lado, que Nacho, tras el argumento de que “el cuerpo se educa”, naturaliza las formas de movimientos de él y sus colegas. Y lo segundo, es el acceso directo a la medicina y todos sus recursos tecnológicos, tanto de niños como de adultos. Desde especialistas en ortopedia hasta kinesiólogos, traumatólogos, etc. Es decir: claro que todos aprendemos a caminar...pero algunos aprenden mejor.
- (4) Sirimarco se refiere, en su trabajo, a la institución policial.

Bibliografía

Badinter, E. (1994), *XY la identidad masculina*, Barcelona, Norma.

- Branz, J. B. (2015), "Deporte y masculinidades entre sectores dominantes de la ciudad de La Plata. Estudio sobre identidades, género y clase", Tesis de Doctorado en Comunicación, Universidad Nacional de La Plata, inédito.
- Burin, M. e I. Meler (2009), *Varones: género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Librería de Mujeres Editoras.
- Butler, J. (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y los discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- La Cecla, F. (2004), *Machos. Sin ánimo de ofender*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Miguez, D. (2002), "Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes delincuentes", *Religião e Sociedade* N.º 1 (22), Porto Alegre, UFRGS.
- Sirmarco, M. (2004), "Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial", *Cuadernos de Antropología Social* N.º 20, Buenos Aires.
- Tonkonoff, S. (2007), "Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas", *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XX editores.